

Tal vez el último verano

marcus turkill



Image not found.

Capítulo 1

Edgar Allan Poe

Annabel Lee

Fue hace muchos y muchos años,

en un reino junto al mar,

habitó una señorita a quien puedes conocer

por el nombre de Annabel Lee;

y esta señorita no vivía con otro pensamiento

que amar y ser amada por mí.

Yo era un niño y ella era una niña

en este reino junto al mar

pero nos amábamos con un amor que era más que amor

—yo y mi Annabel Lee—

con un amor que los ángeles sublimes del Paraíso

nos envidiaban a ella y a mí.

Y esa fue la razón que, hace muchos años,

en este reino junto al mar,

un viento partió de una oscura nube aquella noche

helando a mi Annabel Lee;

así que su noble parentela vinieron

y me la arrebataron,

para silenciarla en una tumba

en este reino junto al mar.

Lo ángeles, que no eran siquiera medio felices en el Paraíso,
nos cogieron envidia a ella y a mi.

Sí!, esa fue la razón (como todos los hombres saben)
en este reino junto al mar)
que el viento salió de una nube, helando
y matando mi Annabel Lee.

Pero nuestro amor era más fuerte que el amor
de aquellos que eran mayores que nosotros
de muchos más sabios que nosotros
y ni los ángeles in el Paraíso encima
ni los demonios debajo del mar
separarán jamás mi alma del alma
de la hermosa Annabel Lee.

Porque la luna no luce sin traerme sueños
de la hermosa Annabel Lee;
ni brilla una estrella sin que vea los ojos brillantes
de la hermosa Annabel Lee;
y así paso la noche acostado al lado
de mi querida, mi querida, mi vida, mi novia,
en su sepulcro junto al mar
en su tumba a orillas del mar.

Capítulo 2

Una bicicleta entre los matorrales

1

Nunca he sabido si el destino de cada persona está escrito en alguna parte o se va escribiendo según van sucediendo los hechos.

De niño, creía en Dios como todos. Un Dios justo y pendiente de sus criaturas. Un Dios que concedía todos tus deseos sin importarle lo imposibles o descabellados que fueran. Una especie de hacedor de milagros al que podías dirigirte y que siempre estaba presto a escucharte, pero...

Siempre hay un pero. Porque son esos peros los que al final marcan la diferencia. Era feliz, pero. Lo tenía todo, pero o creí que siempre viviría, pero...

Yo sé que nunca viviré para siempre, es más, el telón está a punto de bajar en esta obra de teatro que ha sido mi vida. ¿Cómo la definiría? ¿Fue una historia de amor, una historia dramática, algo triste o quizás fue una historia feliz? Creo que en realidad fue un poco de todo esto y a lo mejor, incluso alguna cosa más que me he olvidado de señalar.

A mi edad los detalles se confunden y las cosas importantes se olvidan, mientras que de repente te acuerdas de alguna anécdota divertida que sucedió cincuenta años atrás y que por un momento te hace reír como un chiquillo.

¡Y cómo me reía de niño!

Cuando el mañana no existe y el tiempo parece deslizarse como a cámara lenta y las primeras horas del día son olor a café con leche y mantequilla y las tardes bochornosas, resbalando lentamente hacia el ocaso y prendidas con alfileres en algún rincón de mi memoria que hoy, a mis años, rememoro casi a diario.

Cuando los amigos eran amigos de verdad y no meras sombras al otro lado del hilo telefónico o en la tinta de una postal que siempre llega con retraso.

Cuando el mundo parece infinito y tú sólo deseas correr para llegar al final o alcanzar ese lugar donde acaba el arco iris por si encuentras un tesoro, sólo para darte cuenta después de que el mundo es una bola muy gorda y

que si corres en una sola dirección acabarás volviendo al punto de partida o donde el tesoro que buscas al final del arco iris siempre lo has llevado contigo en tu equipaje.

Cuando una sonrisa puede más que mil anhelos y la mirada de unos ojos puede atemorizarte más que las bombas que caen del cielo.

Ahora he vuelto otra vez allí, a mi infancia, a mi casa.

En realidad nunca me fui del todo. Eso siempre lo supe.

Mis sobrinos, mi única familia, se han rendido al fin a este último deseo de un viejo senil que roza con sus pies la fría sombra de la muerte y que ya llega a vislumbrar la blanca lápida donde descansará hasta el fin de los tiempos.

He mirado a los ojos a la muerte y solo he sentido quietud.

Ningún desasosiego, ni tampoco temor.

Sólo silencio y paz.

Un amplio paraje silencioso por el que caminar para siempre hasta volverme a encontrar con ella.

Ella, sí, Christine, esperándome desde hace tanto tiempo.

Las sombras de la tarde se alargan y el cielo se inflama de ricos dorados y parece sangrar teñido de púrpuras y carmines.

Me dicen que entre en casa, pero no les hago caso. Ellos disponen de infinitos atardeceres aún por ver, yo estoy acabando el cupo de los míos.

Quiero mirar la línea del horizonte donde al fin se funde con el mar y donde los rayos de un sol agonizante como yo mismo, guiñan a mis ojos llenos de lágrimas, saltando entre las olas.

No puedo evitar volver a verla interponiéndose entre el sol y yo mismo, brillando con los destellos de la luz dorada que parece enredarse en su cabello, bailando al son de una música que sólo ella escucha. Observándome mientras me sonrío desde el pasado que ya no está.

¿Por qué he vuelto?

La respuesta no tarda en surgir en mi mente.

He vuelto por ella, por Christine. Deseaba recordarla aquí en este lugar, donde nos conocimos y compartimos el que posiblemente fue, el último

verano de nuestras vidas.

Capítulo 3

2

Aquel verano de mil novecientos cuarenta y dos, el mundo estaba en guerra. Aunque para nosotros en aquella pequeña ciudad del sur de Francia, la guerra quedaba muy lejos.

Hacía ya dos años que Alemania había invadido Francia. Mucha gente pensó que aquello era el fin. Y puede que llevaran razón, por lo menos en algo acertaron. Fue el final de muchas cosas y el principio de otras. La comida escaseaba, la libertad y por supuesto, la paz estaban amenazadas. La gente miraba con desconfianza a su alrededor. Ya nadie estaba seguro. Los delatores aguardaban en cualquier plaza o café, la gente desaparecía sin dejar rastro alguno y se hablaba de unos extraños trenes que transportaban personas hacia el norte.

Fue la primera vez en mi vida que escuche unas palabras que no sabía lo que significaban: Campos de concentración, cartillas de racionamiento, gestapo, nazis, judíos.

Ahora, dos años después del inicio de esta pesadilla, sí sé lo que significan. Una sola palabra puede describirlas: Odio.

El odio de hermanos contra hermanos. El Odio en mayúsculas.

A mis doce años nunca había pensado en esa curiosa palabra, jamás la había sentido. El odio no formaba parte de mi vocabulario.

Eramos muy inocentes al principio y tuvimos que despertar de nuestro dulce sueño a la fuerza.

Hacía exactamente dos años que mi familia y yo vivíamos en París cuando nuestra ciudad se llenó de uniformes grises, pero eso no fue lo único que cambió.

El ruido de las bombas y las explosiones, el aullido de las sirenas en mitad de la noche, el sonido de las tropas al marchar y el lento ondear de unas banderas tricolores: rojo, blanco y negro, con una extraña cruz en su centro fueron algo corriente en nuestras vidas.

Mi padre, Alejandro Aranda, profesor de escuela y refugiado en Francia de otra guerra que se había librado en el país vecino, supo lo que debía hacer. Si antes habíamos abandonado España, escapando del odio que prácticamente había destruido nuestro país, ahora debíamos hacer lo mismo. Por suerte, teníamos un lugar al que ir. Muy lejos hacia el sur, en una pequeña ciudad llamada Istres, mi padre tenía varios conocidos y

gracias a ellos había logrado encontrar una casa en la que vivir.

Mi padre, mi madre, mis dos hermanas pequeñas y yo partimos hacia el sur dos años después de la invasión, dejando atrás el caos y el miedo que parecían haberse adueñado de París.

Por el camino, pude ver unas escenas que jamás en mi vida podría llegar a olvidar.

La muerte, algo que tampoco había visto en mi corta vida, se convirtió en una imagen repetitiva.

Había muertos en las cunetas de la carretera, hombres, mujeres y también niños.

Mi padre evitaba en todo momento que llegásemos a ver tan macabras escenas, pero la curiosidad podía a veces más que la sensatez.

Yo jamás había visto nada parecido. Cuerpos ensangrentados, algunos terriblemente mutilados.

Hubo una escena que nunca he podido olvidar. Una niña de unos seis años, vestida con un bonito abrigo, con el rostro sucio de barro y de lágrimas secas, arrodillada junto al cadáver de su madre y a la que aún aferraba la mano apremiándola para que se levantase de nuevo.

Mi padre no quiso detenerse, siguió conduciendo el automóvil, sin querer hablar del asunto. Cuando más adelante, le pregunté por qué no podíamos haber ayudado a esa niña, dijo solamente una palabra: Judía.

¿Eso qué significaba?

En aquel entonces no lo sabía. Ahora, sólo un año después sí lo sé. Ser judío equivalía a ser perseguido y eso significaba lo mismo que estar muerto.

La Alemania nazi se había encargado de ello de una manera concienzuda.

Llegamos a Istres, dos semanas después de haber abandonado París. En el trayecto habíamos dormido en varios hostales e incluso en el mismo automóvil.

Fue terriblemente agotador para mis dos hermanitas y sobre todo para mi padre, que había conducido durante todo el viaje.

Tardamos mucho más de lo esperado en llegar, porque el camino a veces estaba cortado por patrullas alemanas y en esas ocasiones dábamos un

rodeo tratando de evitarlas.

Yo lo único que sentía en aquel viaje era haber abandonado todo lo que conocía en París; mis amigos y mis libros y juguetes, por un futuro incierto.

La casa que mi padre había comprado en Istres, a través de esos amigos era realmente espaciosa. Parecía un castillo, esa fue la primera impresión que me dio.

Estaba rodeada por un alto muro, contaba con dos viviendas anexas y un gran patio central lleno de árboles frutales; manzanos, cerezos y melocotoneros. También tenía una amplia biblioteca llena de libros y mi habitación era mucho más grande que la que había dejado en París. Eso me alegró un poco, aunque tener que hacer nuevos amigos entre los niños de esa ciudad me causaba cierto temor. Yo conocía a mis antiguos amigos desde que comenzamos juntos el colegio. Ahora era un extraño allí.

Mi padre había encontrado trabajo en la escuela pública de aquella ciudad, por eso había decidido que nos trasladásemos allí y nosotros, mis hermanas y yo comenzaríamos las clases el lunes siguiente en ese mismo colegio.

Mientras tanto decidí explorar un poco por mi cuenta todo aquel entorno que a partir de ahora se iba a convertir en mi nuevo hogar.

La casa como ya he dicho, era enorme. Uno podía perderse, literalmente en sus más de veinte habitaciones, sótanos, despensas, cocinas, tenía dos y dormitorios. En la Provenza se conocía a ese tipo de construcciones como *mas*. Las famosas masías españolas.

El patio era inmenso. Aparte de los árboles frutales, también tenía un huerto muy amplio. Pude reconocer algunas de las verduras y hortalizas allí plantadas: coles, lechugas, zanahorias y tomates. Otras eran desconocidas para mí, pero la zona que más me gustó fue la que tenía plantados un buen número de girasoles, todos esbeltos y mirando a ese sol que parecía brillar con más intensidad de lo que jamás había podido observar en París. Un sol de azufre rodeado de un cielo de un azul tan perfecto que parecía irreal.

Llegué hasta la puerta de la calle y decidí salir para explorar los alrededores. Mis padres estaban muy atareados deshaciendo las maletas y revisando la casa para prestarme atención, además en ningún momento me habían prohibido salir de allí, pensé yo. Sabía que tan sólo eran excusas, pero mi mente las aceptó de buen grado.

Recorrí el perímetro de la amplia finca siguiendo el muro de piedra, alto como dos personas puestas la una sobre la otra y descubrí varios

senderos que partían desde allí. Uno de ellos sin duda llevaría a la ciudad que se encontraba a escasamente media hora de allí andando, el otro sendero se internaba en el bosque que rodeaba la casa por su parte posterior. Decidí no tentar a la suerte y permanecí junto al muro de piedra explorando los alrededores. Mi imaginación me hacía verme como Howard Carter, el famoso arqueólogo que unos años atrás había descubierto un fabuloso tesoro al encontrar la tumba del faraón Tutankamon. Quién sabe, yo también podría hallar algo en aquel viejo lugar, algún tesoro escondido o algo parecido.

Me pareció ver brillar algo entre unos matorrales a unos veinte metros de allí. Parecía un objeto bastante grande, oculto entre las ramas de un arbusto de camelias.

Me acerqué raudo hasta ese lugar y me quedé sorprendido al distinguir lo que había encontrado.

¡Una bicicleta!

Capítulo 4

3

Era una bicicleta, pero se encontraba en un deplorable estado. El óxido había carcomido toda su estructura, las ruedas estaban desinfladas y posiblemente pinchadas. El sillín tenía varios agujeros dejando ver la espuma de su interior, como si algún animal lo hubiera mordisqueado intentando averiguar si era comestible o no. Pero todo lo demás parecía en perfecto estado.

La saqué como pude de entre los matorrales y la observé con detenimiento. Con unos cuantos arreglos quedaría como nueva.

Nunca había tenido una bicicleta, había sido el sueño de buena parte de mi infancia, pero jamás logré que mis padres me regalaran una. Se excusaron alegando el poco espacio del piso en que vivíamos, o de lo peligrosas que podían llegar a ser o de mil cosas más. Lo único cierto había sido que la bicicleta nunca llegó. Ahora que era el dueño legítimo de esa bicicleta, no podrían impedirme que me la quedara.

Aunque sabía que lo intentarían.

Regrese a la casa y fui directamente al taller de herramientas que había en el patio y que había visto de pasada al salir a explorar los alrededores.

Había herramientas de todo tipo, aparte de algunas que no había visto en mi vida y que imaginé que servirían para las tareas de jardinería.

Me concentré en buscar las herramientas necesarias para volver a dejar la bicicleta en buen estado.

El óxido no era problema, la bicicleta podría volverse a pintar y vi que en el taller había varios botes de pintura y brochas. El sillín no tenía arreglo, pero en el taller había cinta adhesiva y con unas cuantas vueltas, asunto arreglado. Lo difícil iban a ser las ruedas. Había una bomba para hinchar que podría serme útil, pero ¿cómo sellar los pinchazos? Para eso iba a necesitar ayuda. Necesitaba varios parches de caucho y pegamento. Quizás en algún taller de la ciudad lo encontraría. Pero para ir hasta allí, tendría que pedirles permiso a mis padres y si ellos se negaban, adiós

bicicleta.

Ya iba a darme por vencido cuando ocurrió uno de esos milagros inesperados que muy de vez en cuando ocurrían. En una de las paredes del taller, colgadas de unos clavos había dos ruedas de bicicleta intactas. Incluso estaban hinchadas.

Una sonrisa iluminó mi rostro y me puse manos a la obra. Cuanto antes terminara de arreglar la bicicleta, antes podría disfrutar montandola.

Aún había una pequeña pega y era que nunca había aprendido a montar en bicicleta, pero ese sería un nuevo reto que afrontar y sabía que al final lo conseguiría.

Mi madre me llamó a la hora de comer. Después de dos semanas mal comiendo lo primero que encontrábamos me alegré al ver la comida que había preparado mi madre. Asado de pollo con pure de patatas. Estaba delicioso y repetí dos veces.

Mi madre me miró asombrada y me dijo que comiera lo que quisiera, puesto que la despensa estaba llena de comida.

En ese momento no me llamó la atención, aunque al cabo de un rato si que decidí informarme. La despensa llena, los libros en la biblioteca, el taller bien surtido de herramientas. ¿A quién había pertenecido esta casa?

Mi padre me lo explicó todo. La casa anteriormente había pertenecido a un tal Françoise Petit, un empresario bastante conocido en Istres. El hombre había decidido escapar de Francia antes de que las cosas se pusiesen realmente feas, por lo que había decidido vender todas sus posesiones antes de marcharse. Yo por supuesto di por buena la explicación de mi padre, ¿por qué iba a ser de otra forma? Más adelante me enteré de que la explicación de mi padre no se parecía en nada a lo que había sucedido en realidad.

Lo que a mí más me importaba en aquel momento era saber si todas las cosas que el señor Petit había dejado allí eran nuestras.

—Todo lo que hay en esta casa es nuestro ahora —me confirmó mi padre.

Casi grité un ¡hurra! Al escucharlo, pero conseguí mantenerme impassible.

—Ahora no dirás que no tienes nada que leer —dijo mi padre que conocía mi afición por la lectura.

—He visto la biblioteca. Tiene que haber por lo menos quinientos libros

—contesté yo.

—Dos mil trescientos cuarenta y uno —explicó él —, para ser exactos.

¡Casi dos mil cuatrocientos libros para leer! Aquello era más de lo que hubiera esperado.

—Pero no te quiero ver todo el día recluido en la biblioteca —me dijo —, tienes que salir por ahí, hacer amigos, divertirte. Sé que la guerra nos ha tenido muy preocupados últimamente, pero esto no es París. Esto es la Francia libre, Pedro.

Esa era mi oportunidad, era el momento adecuado para hablarles de mi bicicleta.

—He encontrado una bicicleta afuera, padre, está casi destrozada, pero me gustaría arreglarla y...

—¡Una bicicleta! ¿Y no tiene dueño?

—Es un desecho, está oxidada y tiene las ruedas pinchadas. ¿Podría quedarmela? Así iría a los recados más rápido y como tu dices, podría hacer amigos y...

Había utilizado la estrategia de hablar rápido para no dejar hablar, pero no sabía si daría resultado.

—Me parece una buena idea —contestó mi padre —. ¿Verdad Ivette?

Ivette era mi madre, parisina de nacimiento y con un fuerte carácter. Ella en resumidas cuentas sería la que dijera la última palabra.

—Siempre que no vayas como un loco por ahí...

Aquello era un sí.

—Entonces, estamos de acuerdo —sentenció mi padre —. Si necesitas ayuda con las reparaciones, puedes contar conmigo... Hay una cosa que todavía no entiendo, Pedro, ¿quién te ha enseñado a montar en bicicleta?

—Nadie. Todavía no sé.

Capítulo 5

El campo de patatas de monsieur Belmont

1

Mi primer día de escuela en aquella nueva ciudad fue portentoso.

Sí, podría haber sido una ruina e incluso el peor día de mi vida, pero los hados del destino quisieron que fuera todo lo contrario. Acabe siendo aclamado como un héroe sin yo proponermelo y a mi pesar, porque también tuvo cierto riesgo la situación.

Me explicaré:

Llegué al colegio temprano, acompañado por mi madre y mis dos hermanas. He de decir en favor de ellas, que son una auténtica preciosidad. Habían salido en todo a mi madre, con esto no quiero decir que Alejandro Aranda fuese un tipo feo, no. Pero tampoco era un adonis. Y yo por desgracia había heredado sus rasgos. Su delgadez extrema de la que estaba muy orgulloso porque según decía le recordaba a cierto hidalgo español de cuyo nombre nunca quería acordarse y que para él significaba más que una obra literaria. Era, me decía siempre, un orgullo ser español y parecerse al ingenioso hidalgo le confería algo así como un aura de caballerosidad.

Sus ojos, diminutos tras las gafas afeaban un poco su rostro varonil. Su pelo espeso y muy negro y que yo había calcado a su imagen y semejanza era la única parte de su anatomía de la que yo estaba orgulloso de haber heredado.

También sus manos de dedos largos y ágiles y que denotaban su poco esforzado trabajo. No eran las manos de un mozo, ni de un trabajador. Eran las manos de un profesor.

Si yo había sacado los rasgos de mi padre, mis dos hermanas gemelas eran tan parecidas a mi madre como dos gotas de agua. Sus cabellos rubios, ondulados en graciosos bucles y peinados con simétricas coletas, enmarcaban unos rostros ovalados de pecosas naricillas y ojos de un azul profundo. Dos pequeñas muñequitas de cinco años que siempre iban juntas a todas partes. Mirelle y Madeleine, aunque a veces ni yo mismo

sabía distinguir a la una de la otra.

Llegamos al colegio, como ya dije, muy temprano, cuando todavía no había llegado ningún otro alumno.

El edificio que iba a acogernos todos los días de la semana excepto los sábados y domingos era un bloque gris de ladrillo bastante feo y triste. Pensé que si lo hubieran utilizado como prisión no habría desmerecido para nada su desolador aspecto. No sabía por qué se empeñaban siempre en elegir los peores edificios para convertirlos en escuelas, con la cantidad de edificios más bonitos y luminosos que había en la ciudad. Lo primero que llegabas a pensar era que asistir a clase se convertía irremediablemente en un castigo y lo segundo en una larga condena y eso que yo no era un mal estudiante, aunque también tenía la ventaja y a veces la desgracia de tener un padre maestro.

Los niños empezaron a llegar un rato después. Se juntaban en corrillos y a veces miraban curiosos en nuestra dirección. Los gritos y la algarabía fueron in crescendo hasta alcanzar límites peligrosos para el oído humano. Eso lo había leído en un libro.

Uno de aquellos chicos no apartaba la vista de nosotros. Era un chaval alto y espigado de cabellos tan rubios como un campo de trigo y que cojeaba ligeramente de su pierna izquierda.

Al cabo de unos segundos se acercó hasta mí con su característico andar renqueante, me fijé en que llevaba unos zapatos muy raros. Uno sobre todo tenía un tacón bastante alto.

—¿Tú eres el nuevo? —Me preguntó.

Yo asentí sin dar más explicaciones.

—Me llamo Antoine, ¿y tú?

—Pedro —le dije.

—Creo que te han asignado a mi clase —Lo dijo como si fuera suya de verdad.

—Pues nos veremos allí —contesté tratando de zanjar la conversación. Quizás sea una especie de don eso que yo tengo, pero suelo descubrir inmediatamente a la gente con la que me llevaré bien y a la que debo evitar y algo me decía que ese Antoine iba a ser de la segunda clase.

—¿Te crees muy especial, niño rico?

Mi madre, para colmo de mis desgracias, intervino en cuanto escuchó el tono de voz con el que se dirigían a mí.

—Haz el favor de dejar a mi hijo en paz, bonito.

Aquel calificativo sonaba peor que cualquier insulto y Antoine retrocedió aturdido.

Sabía perfectamente que acababa de crearme un enemigo y eso que aún las clases no habían comenzado.

Vi como Antoine se reunía con dos chicos tan zarrapastrosos como él y que daban la talla de ser sus secuaces. Había visto en el cine muchas películas de gansters y sabía reconocerlos de inmediato.

Así que ya no tengo sólo un enemigo, ahora son tres, me dije bastante acongojado, empezaba con buen pie.

La puerta del colegio, gruesa y enrejada, se abrió con un chirrido que me puso los nervios de punta. Parecía indicarme el futuro que me esperaba allí dentro.

Añoré París y a mis leales amigos. Con ellos me hubiera enfrentado sin dudar a un pelotón de Antoinés, pero estaba sólo esta vez y ni siquiera había traído mi fiel tirachinas, con el que había descalabrado muchos melones cubiertos de pelo, o sea cabezas.

Entré en la que sería mi clase y me quedé junto a la puerta, quieto y envarado. El profesor que, gracias a Dios no era mi padre, me miró de la cabeza a los pies como diseccionándome con la mirada.

—¿Eres tú, Pedro Aranda? —Me preguntó, a lo que me limité a asentir.

—Espera un momento aquí —me dijo —, haré las presentaciones.

Era lo que me temía. Toda la clase mirándome como si fuese un bicho raro, aquello era insufrible.

—¡Atención! —Gritó para hacerse oír el profesor —Silencio niños, quiero presentaros a un nuevo alumno. Se llama Pedro y viene de París.

Hubo murmullos al escuchar mi procedencia.

—Pedro no es un nombre de aquí —dijo una niña bastante regordeta y con dos trenzas enormes.

—No, es un nombre español —aclaró el profesor.

—¿Y qué hace en Francia? —reconocí la voz al instante, era Antoine el que había hablado.

—Vive aquí —dijo el profesor sencillamente—. Quiero que entre todos le ayudéis a integrarse y os comportéis como es debido.

Yo sabía de tres que lo que pensaban era ayudarme a desintegrarme y a ser posible a palos.

—Ese es tu pupitre, Pedro —me dijo señalando uno vacío de la segunda fila.

Me senté e intenté hundirme en el asiento para tratar de hacerme invisible, cosa que no llegué a lograr, pues era el centro de todas las miradas.

Junto a mí había un chico moreno y al otro lado una chica de cabellos color miel, los dos me miraban con curiosidad.

Evité mirarlos y me concentré en la lección que el profesor había comenzado a explicar.

Al cabo de un rato sentí un codazo. Había sido el chico que estaba junto a mí el que me había rozado.

—Me llamo Jean Paul —me dijo con una sonrisa.

— Y yo Christine —dijo la niña situada a mi derecha.

Les miré y sonreí a mi vez. Mi instinto me avisaba de que acababa de hacer dos nuevos amigos.

Capítulo 6

2

Jean Paul tenía mi misma edad, acababa de cumplir los doce años hacía dos meses, moreno, un poco más bajo que yo, pero indudablemente más fuerte. No estaba gordo, pero tampoco era tan delgado como lo estaba yo.

Me cayó bien en cuanto comenzamos a hablar, siempre en susurros, para que el profesor no se diera cuenta.

Noté que Christine escuchaba atentamente sin decir nada. La chica aún no había cumplido los doce años, los hacía a finales de año, supe más tarde. Su pelo al igual que sus ojos eran de color miel y mi primera impresión fue, que estaba bastante impresionado.

—Tienes suerte —me dijo, Jean Paul—. Comienzas las clases cuando están a punto de terminar.

Era verdad, estábamos a finales del mes de mayo y las clases terminarían a mediados del siguiente mes. Lo que ellos no sabían era que yo había asistido a clase en París casi todo el curso, hasta que mi padre decidió que debíamos irnos.

—París tiene que ser muy bonito —escuché que me decía Christine en voz baja.

—Ahora da mucho miedo vivir allí —contesté mirándola a los ojos y sintiendo un estremecimiento. Nunca había visto unos ojos tan bonitos en toda mi vida.

El profesor se volvió hacia nosotros al escuchar los murmullos, pero no dijo nada.

Decidimos esperar a que terminara la clase para continuar hablando. Cuando el timbre anunció nuestra liberación y todos corrían ya en estampida, noté como mis dos compañeros me esperaban junto a la salida.

—¿Vives cerca de aquí? —Me preguntó, Jean Paul.

Yo le dije donde vivía y el soltó un silbido.

—¡Menudo caserón. Tu padre debe ser rico!

Era la segunda vez en el mismo día que me identificaban con aquella palabra. Yo no sabía si era rico o no. En realidad siempre había disfrutado de todos los caprichos que se me antojaban, excepto una bicicleta, pero de ahí a ser rico...

—La llaman *la maison des fleurs*. La casa de las flores —comentó Christine.

—Tiene muchas flores —reconocí —y también árboles y un huerto.

—A mi me han dicho que hay fantasmas —dijo, Jean Paul.

—No he visto ninguno. Lo siento —contesté y me eché a reír.

Mis dos nuevos amigos también lo hicieron.

—¿Te dejan salir? —Me preguntó el chico.

—¡Claro! —Contesté haciéndome el importante.

—¿Te gustaría venir con nosotros por ahí?

Asentí. En esos momentos de mi vida, lo más importante para mí era tener amigos.

—Vamos a ir al huerto de monsieur Belmont —me informó Christine.

—Es un campo de patatas enorme —explicó JeanPaul —, solemos ir allí todas las tardes.

—¿A robar? —Pregunté.

—¡No, claro que no! —dijo la chica —. Es donde tenemos nuestro escondite.

Les dije que les acompañaría, pero que primero debía avisar a mi madre.

—De acuerdo —dijo Jean Paul —Te esperamos.

Fue en ese momento cuando sucedió algo totalmente inesperado.

Estábamos junto a la puerta del colegio cuando escuchamos el chirrido de los neumáticos de un automóvil. El conductor había perdido el control del auto y se dirigía hacia nosotros a toda velocidad.

La gente se apartaba del medio lo más rápidamente que podía y al volverme, vi que ya casi estaba encima nuestro. Echamos a correr para apartarnos de la trayectoria del automóvil y pude ver como Christine tropezaba y caía al suelo.

Me detuve en el acto. El coche estaba a unos escasos diez metros de mi nueva amiga y no parecía poder evitar impactar contra ella.

Christine había conseguido ponerse en pie, tambaleándose y mirando hacia el automóvil que se le venía encima con una expresión de espanto en su rostro.

Justo cuando estaba a punto de alcanzarla, me arrojé sobre ella y la empujé con todas mis fuerzas. El coche me golpeó a mí y me lanzó volando por los aires a varios metros de distancia.

No sabía lo que había pasado. Sentía un dolor muy fuerte en mi brazo, pero por lo demás creía estar bien.

La gente comenzó a rodearme tratando de ayudarme y yo como pude intenté incorporarme.

—¡Le ha salvado la vida! —Escuché que murmuraban a mi alrededor.

—¡Este chico es un héroe! —Comentó alguien.

Yo me volví buscando con la mirada a Christine y la vi sentada en el bordillo de la acera, estaba a salvo, sólo había sufrido un rasguño en una de sus rodillas que sangraba ligeramente. Ella no miraba en mi dirección. Mi madre llegó en ese momento hecha un manojo de nervios y arrastrando tras de ella a mis hermanas. En cuanto llegó hasta donde yo estaba, soltó a mis hermanas y me abrazó.

—¿Estás bien, Pedro? ¡Hay que llevarlo al hospital! —Gritaba.

Traté de explicarle que me encontraba bien, que tan sólo me dolía el brazo a causa de la caída.

Mi madre no paraba de gritar, bastante histérica.

—Mamá —le dije —. Tengo que ver como está Christine...

Me desembaracé como pude de su poderoso abrazo y caminé hasta donde se encontraba mi amiga. Jean Paul estaba sentado en el suelo junto a ella.

Christine me vio llegar y consiguió levantarse, después se echó en mis brazos y me abrazó tan fuerte que noté un dolor fortísimo en mi brazo y

mi espalda, pero no le di importancia. Aquel abrazo tenía el don de curarme de todos mis males.

—¡Me has salvado la vida! —Susurró en mi oído.

Intente decir algo, pero no se me ocurrió nada en ese momento. Me sentía en una nube y era tan feliz que no podía parar de sonreír.

—¿Estás bien? —le pregunté al cabo de medio minuto.

—Yo sí, ¿y tú?

—También.

Capítulo 7

3

Mi madre fue la que no se convenció de mi presunto bienestar. Ella insistió en llevarnos a Christine y a mí al hospital porque según decía, después de un golpe tan fuerte siempre podía haber complicaciones.

Tuvimos que obedecer a regañadientes, era lo mejor, conociendo a mi madre como la conocía.

El médico que me atendió me hizo pasar a una sala y me indicó que me desvistiera y me tumbase en una camilla.

Al quitarme la camisa, vi un enorme moratón de feo aspecto en mi hombro derecho. Me asuste un poco al verlo pero el médico enseguida me tranquilizó diciéndome que no era nada grave. Palpó mi hombro y no pude remediar pegar un grito cuando intentó levantar mi brazo.

—Creo que no esta roto —me dijo —, pero en cuanto te hagamos unas radiografías saldremos de dudas.

Recé para que no tuviese el brazo roto. Faltaba poco para el verano y con un brazo escayolado me perdería toda la diversión.

Tuve que esperar bastante a que me hicieran las radiografías, tumbado en la camilla y rodeado por una cortina que me aislaba del resto de la sala.

A lo lejos creí escuchar la voz de Christine hablando con el mismo médico que me había atendido a mí. No podía levantarme para observar y me devoraba la impaciencia para saber como se encontraba ella.

Mucho rato después, la cortina volvió a descorrerse y el médico apareció junto con otra persona.

—Mi amiga, ¿está bien? —Le pregunté al doctor.

—Está perfectamente, sobre todo gracias a ti, ella me ha contado lo que hiciste y fue muy valiente. No tienes de que preocuparte sólo tiene algunos arañazos en las rodillas y un golpe en el brazo izquierdo, pero esta bien.

Suspiré aliviado.

El acompañante del doctor se colocó en la cabecera de mi cama y la empujó hasta sacarla al pasillo.

—Iremos a la sala de rayos X, tu permanece tumbado.

Me llevaron pasillo adelante y al pasar junto a la camilla donde estaba sentada Christine, me incorporé un poco y la sonreí. Ella me saludó con la mano sonriendo a su vez.

La habitación en la que habíamos entrado era fría y oscura. Un máquina enorme la ocupaba casi por entero, todo estaba lleno de cables y pequeñas luces parpadeaban en la oscuridad. Me trasladó de la camilla a otra mucho más rara y en la que estaba acoplada la máquina que vi al entrar. El doctor me indicó que me tumbase de costado con el hombro lesionado hacia arriba y desapareció. Un instante después escuche su voz que parecía provenir de la habitación contigua y que me decía que estuviese quieto y que aguantase la respiración durante unos segundos. Escuché un ruido y después el médico volvió a entrar en la sala.

—Ya está. Te llevaremos de nuevo a la habitación. ¿Quieres que te dejemos con tu amiga o prefieres dormir un poco?

Le dije que no tenía sueño, entonces el camillero volvió a aparecer y me llevaron a la misma habitación en la que había estado antes.

Vi como una enfermera estaba curando las heridas de Christine y cuando llegamos a su lado, el camillero colocó mi camilla junto a la de mi amiga.

—Hola —le dije, cuando nos dejaron solos —¡Vaya susto! ¿no?

—Sí —dijo ella, bajando la vista —. Gracias...

Me sentía fenomenal, no solo por haber sobrevivido al accidente, si no por haberle salvado a ella.

—¿Te duele? —Me preguntó señalando el moratón del hombro.

—No mucho... —le dije tratando de ser un tío duro, como los protagonistas de mis películas preferidas, pero luego rectifique —, bueno un poco...

—Has sido muy valiente. Cuando vi el coche tan cerca, pensé...

—Hemos tenido suerte —le interrumpí.

Ella asintió.

— Me alegro de que estuvieras a mi lado...

Yo también me alegraba y sobre todo por poder estar junto a ella en ese momento, los dos solos.

—¿Has nacido aquí, en Istres? —Pregunté con curiosidad, quería saberlo todo de ella.

—No, nací en Burdeos, pero vinimos a vivir aquí cuando era muy pequeña.

Tú eres Español ¿verdad?

—Sí, de un puebecito de Valencia. Se llama Albor. Un sitio precioso, te gustaría mucho. Fui a vivir a París a los ocho años y ahora hemos venido aquí.

—Este sitio también es muy bonito. Es el mismo mar que el de Valencia, ¿verdad?

—¡Pues sí! —Acababa de darme cuenta de que así era. El mar mediterráneo bañaba las costas de España y también de Francia —. Es casi como volver a estar en casa.

—Cuando salgamos de aquí, podríamos ir a nuestro escondite —dijo Christine —. Te va a encantar, es un sitio... ¡ya lo veras!

—No creo que mi madre me deje ir hoy a ningún sitio —añadí.

—Ya, claro, es normal —dijo —. Yo también debería de ir a casa, si mi madre se ha enterado de lo del accidente...

—Jean Paul y tú, sois muy amigos ¿no?—Balbuceé sin saber cómo hacer la pregunta que me rondaba por la cabeza.

Ella me miró sin comprender.

—¿Sois...sois novios o algo así....?

—¿Jean Paul y yo? —Ella pareció comprender de repente —. No, no es mi novio. Paul es mi hermano.

—¿Tu hermano? ¡No os parecéis en nada.

—Yo he salido a mi padre y él se parece más a mi madre —me explicó —. El es nueve meses mayor que yo.

Era justo lo contrario que me sucedía a mí. Y yo tampoco me parecía en nada a mis hermanas pequeñas.

—¿Entonces todavía tienes once años?

—Cumpló los doce el veintiuno de diciembre. ¿Por qué querías saber si Paul era mi novio?

Noté que la cara me ardía, seguramente me había puesto colorado como un tomate.

No supe que contestar. En ese momento sentía la boca muy seca y mi corazón palpitaba a toda velocidad.

Ella me miró con una sonrisa enigmática y sin duda tuvo que darse cuenta del mal rato que estaba pasando.

—No. No tengo novio.

Image not found.

Capítulo 8

Image not found.

4

El médico apareció al fondo del pasillo y aquello me salvó la vida. Cuando llegó junto a nosotros me miró y comprobó mi temperatura poniendo su mano en mi frente.

—Debe hacer mucho calor aquí —comentó—. No parece que tengas fiebre, Pedro, pero estás muy acalorado.

—Me encuentro bien —le dije. Por el rabillo del ojo vi como Christine se sonreía.

—Tengo que darte una buena y una mala noticia —me dijo el médico—. ¿Cuál prefieres primero?

No supe que decir. Estaba un poco asustado, tuve que reconocer.

—La mala primero —dijo Christine—, así luego la buena hará que te olvides de la otra.

—Entonces comenzaré por la mala, que tampoco es tan mala, no te asustes. Hemos comprobado que tienes un desgarró muscular y durante un mes más o menos tendrás que tener el brazo inmovilizado. La buena es que no tienes ningún hueso roto, por lo tanto no tendremos que escayolarte.

Di un suspiro tan fuerte que me sorprendí a mi mismo.

—Ya sabes —continuó el doctor—, nada de trepar, ni de ningún tipo de locura; te pondremos una venda y llevarás el brazo en cabestrillo pero podrás quitártelo para dormir. Dentro de un mes te vuelves a pasar por

aquí y preguntas por mí, me llamo Pierre.

—¿Como yo? —Le dije. Pierre era Pedro en Frances.

—Sí, somos tocayos, Pedro. Enseguida vendrá la enfermera y te colocará las vendas, espera aquí.

Pierre el doctor se marchó después de despedirse de nosotros.

La enfermera no tardó en llegar y me ayudó a incorporarme para ponerme los vendajes. El dolor fue tan fuerte que no pude evitar gritar en un par de ocasiones, cuando terminó me preguntó si me ayudaba a vestirme. Le dije que no hacía falta y le di las gracias. Ella se marchó dejándonos solos otra vez.

Me levanté de la camilla y cuando cogí la ropa me di cuenta de que me iba a resultar imposible vestirme sin ayuda. Miré azorado a mi alrededor y vi que la enfermera ya no estaba.

—¿Qué te ocurre, Pedro?

Christine me miró preocupada.

—Creo que no voy a ser capaz de vestirme yo solo —le dije mientras me ponía colorado otra vez.

Ella no dijo nada, cogió la ropa y me ayudó a vestirme. Lo hizo con mucho cuidado evitando que forzara demasiado el brazo para que no volviera a dolerme. Yo estaba bastante avergonzado, pero ella actuaba con total naturalidad.

Cuando estaba de rodillas, terminando de anudarme los cordones de mis zapatos, levantó la vista y me sonrió.

—No ha sido para tanto, ¿verdad? —Me dijo.

En aquel mismo momento supe que me había enamorado de ella completa y definitivamente. Y supe también, que ella lo sabía.

—¿Podrás andar? —Me preguntó.

Le dije que sí y juntos salimos de la habitación y bajamos a la sala de espera donde mi madre aguardaba.

En cuanto me vio, corrió junto a mí.

—El médico ha estado hablando conmigo. Me ha dicho que te pondrás bien, pero que debes descansar. Mañana mismo hablaré con tus profesores y les diré que no puedes ir al colegio...

—Sí voy a ir al colegio —precisé.

Extrañas palabras en boca de un niño, ¿verdad? Pero la realidad era que yo tenía motivos más que suficientes para no querer dejar de ir a clase. Uno de ellos estaba en ese preciso momento junto a mí.

—¿Cómo dices?

—Digo que mañana iré a clase. Acabo de empezar hoy y no pienso faltar. Mi madre podía ser irascible y tozuda, aparte de muchas otras cosas más, pero cuando le explicabas el motivo y este era razonable, podía llegar a ser de lo más comprensiva.

—Tendrás mucho cuidado, ¿verdad, Pedrito? —Dijo dándose por vencida. Esa era otra de las cosas que nunca había soportado de ella. Su obsesiva utilización del diminutivo de mi nombre, sobre todo cuando algún amigo mío estaba cerca.

Le dije que tendría todo el cuidado del mundo por la cuenta que me traía y ella pareció, sino convencida, si conforme con mi contestación.

—Mamá, está es Christine, una...amiga mía de clase.

—Me alegro de que hayas hecho amiguitos tan pronto. Es un placer conocerte, Christine.

—Yo también me alegro de conocerla, señora. Y sobre todo a su hijo. Me salvó la vida.

—El médico me lo explicó todo —dijo mi madre, volviéndose hacia mí—. ¡Estas hecho todo un héroe, Pedro!

Yo dije que no había sido nada, tan sólo suerte de reaccionar rápido. Pero ninguna de las dos me dejó hablar.

—De eso nada —repuso mi madre—, todo el mundo se va a enterar de lo valiente que es mi niño. Yo me encargaré de eso.

Sentí un miedo atroz ante su efusiva amenaza. Era muy capaz de ir a los periódicos con la noticia.

—Y yo se lo contaré a todos en el colegio —dijo, Christine—. No todos los días puede una presumir de sus...amigos.

Noté la pausa. Sí, no me había engañado. Había hecho una pausa como yo, antes de decir, amigos.

Salimos del hospital y Christine se despidió de nosotros.

—Me siento muy mal dejando que te vayas sola —dijo mi madre—. ¿Por qué no vienes a casa con nosotros y luego te acompañó a la tuya?

Yo la miré he hice un gesto afirmativo con la cabeza.

Christine accedió y nos acompañó hasta nuestra casa. Cuando llegamos vi la cara que puso al contemplar nuestro castillo.

—Con razón todo el mundo dice que eres rico —me susurró al oído.

—¡No lo soy! —Protesté—. Mi padre encontró esta casa muy barata.

—¿Casa? Lo mio es una casa, esto es...

—Un castillo, lo sé. ¿Te gusta?

Me quedé mirándola. Allí, en el jardín, parecía una flor más, iluminada por los rayos del sol al atardecer. Ella no tuvo que contestar a mi pregunta, la expresión de su rostro lo decía todo.

—Es como estar dentro de un sueño y tener miedo de despertar —dijo por fin.

—Me ocurre a mi lo mismo —contesté sin poder apartar la mirada de sus ojos color miel.

Capítulo 9

5

Image not found.

A la mañana siguiente yo casi me había olvidado de lo ocurrido el día anterior. Si no hubiera sido por la molestia que sentía en mi brazo, el tener que llevar aquel incomodo cabestrillo y el recuerdo de los ojos de Christine, me habría figurado que había sido un sueño.

Casi hubiera preferido que fuera un sueño, me dije al ver el grupo de personas que esperaba junto a la puerta del colegio.

Todo el mundo parecía haberse enterado de mi heroicidad, que a mi entender no fue tal, tan solo un acto de reflejos, y esperaban para aclamar a su héroe. El héroe del Saint Remy, que era el nombre de nuestro colegio.

Hasta los profesores me palmearon la espalda cuando entré en el aula. Tan solo una persona no se alegró de verme. Antoine me miraba con un odio indescriptible.

Christine y Jean Paul, que ayer había desaparecido de una forma muy extraña, me esperaban en la clase, orgullosos de sentarse a mi lado y poder decir que eran mis amigos.

—Gracias por salvar a mi hermanita —me dijo Jean Paul, cuando me senté a su lado.

—Podrías haberme dicho que tú y ella... —dije yo.

—¿Qué importancia tiene? —Preguntó él sin darse por enterado —¿No me digas que pensaste que eramos...?

—Os vi tan juntos y tan amigos que...

—¿Te gusta Chris? —Preguntó sorprendido.

Yo no contesté, pero tampoco hacía falta.

—No voy a decir que tengas un gusto horrible —dijo Jean Paul —, porque mi hermana es bastante guapa y eso, pero tú aún no la conoces...

—Eso es lo que más me gustaría —contesté —conocerla.

—Lo harás —me dijo muy serio —y luego te arrepentirás. Es una mandona y a veces no hay quién la aguante. Además cuando se enfada, tiene un genio horrible...

—Entonces procuraré no enfadarla.

—¡Chaval! Parece que te has enamorado hasta el fondo.

—No lo sabes tú bien —dije y sonreí.

Christine se acercaba en ese momento hasta nosotros y al ver que nos callábamos de golpe nos miró con el ceño fruncido.

—¿Estabais hablando de mi?

—¿Que te decía? —dijo Jean Paul mirándome—. Quizás debería dejaros solos.

Le agarre del cuello de la camisa cuando hacía intención de levantarse y volví a sentarlo de golpe.

—La que debería irme soy yo —remarcó Christine —. Es de mala educación hablar de los demás a sus espaldas.

—No hablábamos de ti, Chris —mintió Jean Paul —. Hablábamos de lo ocurrido ayer. De nuestro amigo el héroe del Saint Remy.

Ella se sentó frente a su pupitre, justo a mi lado. Muy, muy cerca de mí.

—Parece que todo el mundo se ha enterado sin necesidad de decir nada —comentó ella.

—Hubo mucha gente que lo vio —dijo su hermano.

El profesor entró en el aula y todo el mundo se sentó y las conversaciones se acallaron.

—Como todos sabréis a estas alturas —dijo el profesor —. Ayer sucedió algo horrible y que gracias a Dios y sobre todo a la rápida actuación de uno de vuestros compañeros, no llegó a tener unas consecuencias desgraciadas para nadie. Pedro, haz el favor de levantarte.

Me puse en pie entre los murmullos de toda la clase y el profesor continuó.

—Pedro, tenemos que felicitarte por tu enorme valentía y por tu responsabilidad hacía los demás, al poner en riesgo tu propia vida para salvar la de un compañero. Si todos los seres humanos siguieran tu ejemplo, las guerras se acabarían y los países podrían vivir para siempre en paz. Démosle un fuerte aplauso.

Toda la clase aplaudió, o casi toda, porque Antoine permaneció con los brazos cruzados y una mirada asesina en sus ojos.

—Ahora —dijo el profesor —, vamos a empezar la clase y no quiero oír una mosca volando.

El resto de la jornada transcurrió con la misma rutina de todos los días y yo suspiré de alivio al dejar de ser el centro de atención de todo el mundo.

Cuando salimos de clase a las cinco de la tarde, mis dos amigos me arrastraron hasta ese lugar al que llamaban el campo de patatas de monsieur Belmont. No tenía ni idea de lo que me iba a encontrar allí y la

verdad es que acabé muy sorprendido.

Habíamos atravesado un cercado de madera y nos internamos en un campo de cultivo. Al fondo podía verse una pequeña granja que sin lugar a dudas sería la del tal monsieur Belmont. Seguí a mis dos amigos hasta que llegamos a lo que parecía una pequeña caseta hecha con tablas y bastante mal construida. Si ese era el escondite, no era gran cosa.

Jean Paul entró en la caseta el primero. De todas formas, me dije, no entraríamos los tres en aquel espacio tan reducido. El chico se agachó y le vi hurgar en el suelo, al cabo escuché el sonido de algo parecido a un cerrojo al descorrerse.

—Listo —dijo él —, ya podemos bajar.

¿Bajar? Pensé que había escuchado mal, pero vi como Jean Paul alzaba una trampilla dejando a sus pies un oscuro agujero.

—¿Podrás bajar con el brazo así? —Me preguntó.

Yo me quite el pañuelo que sujetaba el cabestrillo de mi cuello y le dije que no había problema.

—Agárrate bien —me dijo Christine —, hay unos quince peldaños y está bastante oscuro, pero cuando lleguemos abajo encenderemos un quinqué.

Jean Paul bajó en primer lugar y lo primero que hizo fue sacar una caja de cerillas y encender el quinqué de petróleo. La luz iluminó el túnel y entonces pude ver los peldaños. A continuación bajé yo y Christine lo hizo inmediatamente después de mí. Al mirar un momento hacía arriba, pude ver sus zapatos justo sobre mi cabeza y a continuación sus calcetines y sus piernas hasta el inicio de su falda. Me puse tan nervioso que retire de inmediato la vista y trastabillé, estando a punto de caerme por las escaleras.

—¿Te has hecho daño? —Me preguntó Christine desde arriba.

—Estoy bien, sólo he tropezado.

El corazón me latía con fuerza al llegar abajo. No sólo por la casi posible caída, sino por lo que había visto al levantar la mirada.

Pensaréis que era un idiota y sí, posiblemente lo era o por lo menos me transformaba en un idiota al estar cerca de esa chica, pero no podía remediarlo.

Ya una vez abajo, Jean Paul alzó el quinqué y me permitió ver el famoso escondite de los dos hermanos.

El lugar parecía una vieja bodega sucia y polvorienta, pero tan grande que cabrían perfectamente veinte personas adultas holgadamente. El lugar estaba dividido en varias salas y entonces me di cuenta de lo que era.

—¡Un búnker!

—Un búnker de la primera guerra mundial —aclaró Jean Paul.

Capítulo 10

Image not found.

4

El médico apareció al fondo del pasillo y aquello me salvó la vida. Cuando llegó junto a nosotros me miró y comprobó mi temperatura poniendo su mano en mi frente.

—Debe hacer mucho calor aquí —comentó—. No parece que tengas fiebre, Pedro, pero estás muy acalorado.

—Me encuentro bien —le dije. Por el rabillo del ojo vi como Christine se sonreía.

—Tengo que darte una buena y una mala noticia —me dijo el médico—. ¿Cuál prefieres primero?

No supe que decir. Estaba un poco asustado, tuve que reconocer.

—La mala primero —dijo Christine—, así luego la buena hará que te olvides de la otra.

—Entonces comenzaré por la mala, que tampoco es tan mala, no te asustes. Hemos comprobado que tienes un desgarró muscular y durante un mes más o menos tendrás que tener el brazo inmovilizado. La buena es que no tienes ningún hueso roto, por lo tanto no tendremos que escayolarte.

Di un suspiro tan fuerte que me sorprendí a mi mismo.

—Ya sabes —continuó el doctor—, nada de trepar, ni de ningún tipo de locura; te pondremos una venda y llevarás el brazo en cabestrillo pero podrás quitártelo para dormir. Dentro de un mes te vuelves a pasar por

aquí y preguntas por mí, me llamo Pierre.

—¿Como yo? —Le dije. Pierre era Pedro en Frances.

—Sí, somos tocayos, Pedro. Enseguida vendrá la enfermera y te colocará las vendas, espera aquí.

Pierre el doctor se marchó después de despedirse de nosotros.

La enfermera no tardó en llegar y me ayudó a incorporarme para ponerme los vendajes. El dolor fue tan fuerte que no pude evitar gritar en un par de ocasiones, cuando terminó me preguntó si me ayudaba a vestirme. Le dije que no hacía falta y le di las gracias. Ella se marchó dejándonos solos otra vez.

Me levanté de la camilla y cuando cogí la ropa me di cuenta de que me iba a resultar imposible vestirme sin ayuda. Miré azorado a mi alrededor y vi que la enfermera ya no estaba.

—¿Qué te ocurre, Pedro?

Christine me miró preocupada.

—Creo que no voy a ser capaz de vestirme yo solo —le dije mientras me ponía colorado otra vez.

Ella no dijo nada, cogió la ropa y me ayudó a vestirme. Lo hizo con mucho cuidado evitando que forzara demasiado el brazo para que no volviera a dolerme. Yo estaba bastante avergonzado, pero ella actuaba con total naturalidad.

Cuando estaba de rodillas, terminando de anudarme los cordones de mis zapatos, levantó la vista y me sonrió.

—No ha sido para tanto, ¿verdad? —Me dijo.

En aquel mismo momento supe que me había enamorado de ella completa y definitivamente. Y supe también, que ella lo sabía.

—¿Podrás andar? —Me preguntó.

Le dije que sí y juntos salimos de la habitación y bajamos a la sala de espera donde mi madre aguardaba.

En cuanto me vio, corrió junto a mí.

—El médico ha estado hablando conmigo. Me ha dicho que te pondrás bien, pero que debes descansar. Mañana mismo hablaré con tus profesores y les diré que no puedes ir al colegio...

—Sí voy a ir al colegio —precisé.

Extrañas palabras en boca de un niño, ¿verdad? Pero la realidad era que yo tenía motivos más que suficientes para no querer dejar de ir a clase. Uno de ellos estaba en ese preciso momento junto a mí.

—¿Cómo dices?

—Digo que mañana iré a clase. Acabo de empezar hoy y no pienso faltar. Mi madre podía ser irascible y tozuda, aparte de muchas otras cosas más, pero cuando le explicabas el motivo y este era razonable, podía llegar a ser de lo más comprensiva.

—Tendrás mucho cuidado, ¿verdad, Pedrito? —Dijo dándose por vencida. Esa era otra de las cosas que nunca había soportado de ella. Su obsesiva utilización del diminutivo de mi nombre, sobre todo cuando algún amigo mío estaba cerca.

Le dije que tendría todo el cuidado del mundo por la cuenta que me traía y ella pareció, sino convencida, si conforme con mi contestación.

—Mamá, está es Christine, una...amiga mía de clase.

—Me alegro de que hayas hecho amiguitos tan pronto. Es un placer conocerte, Christine.

—Yo también me alegro de conocerla, señora. Y sobre todo a su hijo. Me salvó la vida.

—El médico me lo explicó todo —dijo mi madre, volviéndose hacia mí—. Estas hecho todo un héroe, Pedro.

Yo dije que no había sido nada, tan sólo suerte de reaccionar rápido. Pero ninguna de las dos me dejó hablar.

—De eso nada —repuso mi madre—, todo el mundo se va a enterar de lo valiente que es mi niño. Yo me encargaré de eso.

Sentí un miedo atroz ante su efusiva amenaza. Era muy capaz de ir a los periódicos con la noticia.

—Y yo se lo contaré a todos en el colegio —dijo, Christine—. No todos los días puede una presumir de sus...amigos.

Noté la pausa. Sí, no me había engañado. Había hecho una pausa como yo, antes de decir, amigos.

Salimos del hospital y Christine se despidió de nosotros.

—Me siento muy mal dejando que te vayas sola —dijo mi madre—. ¿Por qué no vienes a casa con nosotros y luego yo te acompañó a la tuya?

Yo la miré he hice un gesto afirmativo con la cabeza.

Christine accedió y nos acompañó hasta nuestra casa. Cuando llegamos vi la cara que puso al contemplar nuestro castillo.

—Con razón todo el mundo dice que eres rico —me susurró al oído.

—¡No lo soy! —Protesté—. Mi padre encontró esta casa muy barata.

—¿Casa? Lo mio es una casa, esto es...

—Un castillo, lo sé. ¿Te gusta?

Me quedé mirándola. Allí, en el jardín, parecía una flor más, iluminada por los rayos del sol al atardecer. Ella no tuvo que contestar a mi pregunta, la expresión de su rostro lo decía todo.

—Es como estar dentro de un sueño y tener miedo de despertar —dijo por fin.

—Me ocurre a mi lo mismo —contesté sin poder apartar la mirada de sus ojos color miel.

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Image not found.

5

A la mañana siguiente yo casi había olvidado lo ocurrido el día anterior. Si no hubiera sido por la molestia que sentía en mi brazo, el tener que llevar aquel incomodo cabestrillo y el recuerdo de los ojos de Christine, me habría figurado que había sido un sueño.

Casi hubiera preferido que fuera un sueño, me dije al ver el grupo de personas que esperaba junto a la puerta del colegio.

Todo el mundo parecía haberse enterado de mi heroicidad, que a mi entender no fue tal, tan solo un acto de reflejos, y esperaban para aclamar a su héroe. El héroe del Saint Rémy, que era el nombre de nuestro colegio.

Hasta los profesores me palmearon la espalda cuando entré en el aula. Tan solo una persona no se alegró de verme. Antoine me miraba con un odio indescriptible.

Christine y Jean Paul, que ayer había desaparecido de una forma muy extraña, me esperaban en la clase, orgullosos de sentarse a mi lado y poder decir que eran mis amigos.

—Gracias por salvar a mi hermanita —me dijo Jean Paul, cuando me senté a su lado —Chris no me dejó quedarme contigo, ayer, lo siento.

—Podrías haberme dicho que tú y ella erais hermanos —dije yo.

—¿Qué importancia tiene? —Preguntó él sin darse por enterado —¿No me digas que pensaste que eramos...?

—Os vi tan juntos y tan amigos que...

—¿Te gusta Chris? —Preguntó sorprendido.

Yo no contesté, pero tampoco hacía falta.

—No voy a decir que tengas un gusto horrible —dijo Jean Paul —, porque mi hermana es bastante guapa y eso, pero tú aún no la conoces...

—Eso es lo que más me gustaría —contesté —, conocerla.

—Lo harás —me dijo muy serio —y luego te arrepentirás. Es una mandona y a veces no hay quién la aguante. Además cuando se enfada, tiene un genio horrible...

—Entonces procuraré no enfadarla.

—¡Chaval! Parece que te has enamorado hasta el fondo.

—No lo sabes tú bien —dije y sonreí.

Christine se acercaba en ese momento hasta nosotros y al ver que nos callábamos de golpe nos miró con el ceño fruncido.

—¿Estabais hablando de mi?

—¿Que te decía? —dijo Jean Paul mirándome—. Quizás debería dejaros solos.

Le agarré del cuello de la camisa cuando hacía intención de levantarse y volví a sentarlo de golpe.

—La que debería irme soy yo —remarcó Christine —. Es de mala educación hablar de los demás a sus espaldas.

—No hablábamos de ti, Chris —mintió Jean Paul —. Hablábamos de lo ocurrido ayer. De nuestro amigo el héroe del Saint Rémy.

Ella se sentó frente a su pupitre, justo a mi lado. Muy, muy cerca de mí.

—Parece que todo el mundo se ha enterado sin necesidad de decir nada

—comentó ella.

—Hubo mucha gente que lo vio —dijo su hermano.

El profesor entró en el aula y todo el mundo se sentó y las conversaciones se acallaron.

—Como todos sabréis a estas alturas —dijo el profesor —. Ayer sucedió algo horrible y que gracias a Dios y sobre todo a la rápida actuación de uno de vuestros compañeros, no llegó a tener unas consecuencias desgraciadas para nadie. Pedro, haz el favor de levantarte.

Me puse en pie entre los murmullos de toda la clase y el profesor continuó.

—Pedro, tenemos que felicitarte por tu enorme valentía y por tu responsabilidad hacía los demás, al poner en riesgo tu propia vida para salvar la de un compañero. Si todos los seres humanos siguieran tu ejemplo, las guerras se acabarían y los países podrían vivir para siempre en paz. Démosle un fuerte aplauso.

Toda la clase aplaudió, o casi toda, porque Antoine permaneció con los brazos cruzados y una mirada asesina en sus ojos.

—Ahora —dijo el profesor —, vamos a empezar la clase y no quiero oír una mosca volando.

El resto de la jornada transcurrió con la misma rutina de todos los días y yo suspiré de alivio al dejar de ser el centro de atención de todo el mundo.

Cuando salimos de clase a las cinco de la tarde, mis dos amigos me arrastraron hasta ese lugar al que llamaban el campo de patatas de monsieur Belmont. No tenía ni idea de lo que me iba a encontrar allí y la

verdad es que acabé muy sorprendido.

Habíamos atravesado un cercado de madera y nos internamos en un campo de cultivo. Al fondo podía verse una pequeña granja que sin lugar a dudas sería la del tal monsieur Belmont. Seguí a mis dos amigos hasta que llegamos a lo que parecía una pequeña caseta hecha con tablas y bastante mal construida. Si ese era el escondite, no era gran cosa.

Jean Paul entró en la caseta el primero. De todas formas, me dije, no entraríamos los tres en aquel espacio tan reducido. El chico se agachó y le vi hurgar en el suelo, al cabo escuché el sonido de algo parecido a un cerrojo al descorrerse.

—Listo —dijo él —, ya podemos bajar.

¿Bajar? Pensé que había escuchado mal, pero vi como Jean Paul alzaba una trampilla dejando a sus pies un oscuro agujero.

—¿Podrás bajar con el brazo así? —Me preguntó.

Yo me quite el pañuelo que sujetaba el cabestrillo de mi cuello y le dije que no había problema.

—Agárrate bien —me dijo Christine —, hay unos quince peldaños y está bastante oscuro, pero cuando llegemos abajo encenderemos un quinqué.

Jean Paul bajó en primer lugar y lo primero que hizo fue sacar una caja de cerillas y encender el quinqué de petróleo. La luz iluminó el túnel y entonces pude ver los peldaños. A continuación bajé yo y Christine lo hizo inmediatamente después de mí. Al mirar un momento hacía arriba, pude ver sus zapatos justo sobre mi cabeza y a continuación sus calcetines y sus piernas hasta el inicio de su falda. Me puse tan nervioso que retiré de inmediato la vista y trastabillé, estando a punto de caerme por las escaleras.

—¿Te has hecho daño? —Me preguntó Christine, desde arriba.

—Estoy bien, sólo he tropezado.

El corazón me latía con fuerza al llegar abajo. No sólo por la casi posible caída, sino por lo que había visto al levantar la mirada.

Pensaréis que era un idiota y sí, posiblemente lo era o por lo menos me convertía en un idiota al estar cerca de esa chica, pero no podía remediarlo.

Ya una vez abajo, Jean Paul alzó el quinqué y me permitió ver el famoso escondite de los dos hermanos.

El lugar parecía una vieja bodega sucia y polvorienta, pero tan grande que cabrían perfectamente veinte personas adultas holgadamente. El lugar estaba dividido en varias salas y entonces me di cuenta de lo que era.

—¡Un búnker!

—Un búnker de la primera guerra mundial —aclaró Jean Paul.